

Borges observaba la ligazón entre el gaucho y el compadre en un artículo sobre Gutiérrez, señalando que éste novelaba «el gaucho según las exigencias románticas de los compadritos porteños»³⁹. El circo de los Podestá y los folletines de Gutiérrez fueron, según Borges «los libros de caballería» del compadrito⁴⁰. El parentesco de gauchos y compadres de arrabal, por otra parte, estaba en aquellos días en el aire. Al gaucho se lo llama compadre, señalaba Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*. Un autor admirado por Borges, Vicente Rossi, recordaba –en *El teatro nacional rioplatense* (1910)– que a los gauchos del drama rural del circo de los Podestá, el público los llamaba compadritos. En los almacenes de suburbio, los payadores mezclaban sus coplas gauchescas con giros lunfardos. A su vez, la crónica policial llamaba «moreyras» a los compadres peleadores de los arrabales. En la crónica de un carnaval porteño de 1896 Rubén Darío vio a un compadrito disfrazado de Moreyra⁴¹. Para Fernán Silva Valdés el compadre «era nieto del gaucho» y para Evaristo Carriego «él es Juan Moreyra, él es Santos Vega».

El proyecto juvenil de Borges en su etapa criollista era que «otro don José Hernández nos escriba la epopeya del compadraje» y agregaba: «cualquier compadre es ya un jirón posible del arquetípico personaje»⁴². Contradiciéndose, como habitualmente, a la vez que era fervoroso admirador del compadre y, del duelo a cuchillo, y de las noveles de gauchos malos de Gutiérrez, criticaba a quines como Lugones pretendían hacer una épica nacional del «caso individual de un cuchillero de mil ochocientos sesenta»⁴³, o se lamentaba de que «nuestra historia sería otra, y sería mejor, si se hubiera elegido a partir de este siglo, el *Facundo* y no el *Martín Fierro*» como libro clásico nacional⁴⁴. Esta ambivalencia frente al personaje del gaucho era sintomática en los escritores de comienzos de siglo. Entre sus defensores, quienes veían en él a un rebelde social a lo Robin Hood como Alberto Ghirardo en su revista anarquista de 1904, se mezclaban con Lugones, Rojas o Güiraldes, que contraponían la figura legendaria del gaucho al extranjero emigrante, y a la ciudad desarraigada, en la tradición del mito rouseauniano del campesino, de la égloga pastoril⁴⁵. En el lado opuesto, liberales, conservadores –Ernesto Quesada: *El «criollismo» en la litera-*

³⁹ «Eduardo Gutiérrez, escritor realista», *El Hogar*, 9 de abril de 1937 recopilado en *Textos cautivos. Ensayos y reseñas en «El Hogar» edición citada, pág. 119.*

⁴⁰ J.L. Borges y Silvina Bullrich, *El compadrito*, Buenos Aires, Fabril, 1968, nota de la segunda edición, pág. 7.

⁴¹ *Mencionados en Adolfo Prieto: El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

⁴² El tamaño de mi esperanza, *ed. citada, pág. 125.*

⁴³ El «Martín Fierro», *Buenos Aires, Columba, 1953.*

⁴⁴ Prólogos, *Buenos Aires, Torres Agüero, 1975, pág. 112.*

⁴⁵ *Sobre el mito del campesinismo véase Juan José Sebreli, El asedio a la modernidad, Buenos Aires, Sudamericana, 1991, pág. 119 ss., Barcelona, Ariel, 1992, pág. 129.*

tura argentina—, junto a nacionalistas —Manuel Gálvez: *El diario de Gabriel Quiroga*—, y progresistas del tipo de Roberto J. Payró —*Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreyra*— o José Ingenieros —*Psicología de Juan Moreyra*—, se lanzaban contra el «moreyrismo» en tanto resabio de una sociedad arcaica y destinada a desaparecer por el progreso.

Pero cuando Borges formulaba sus juicios adversos al gauchismo, en *El Martín Fierro* (1953) el aire de los tiempos era otro, y su posición resultaba extemporánea; el populismo nacionalista estaba entonces en su apogeo. Años después, el bandido rural sería visto como un rebelde a la sociedad establecida. Al *revival* de Moreyra, en el filme de Leonardo Favio (1973), en pleno auge del populismo más violento, se agregaban la de otros personajes más actuales como Bairoletto o Isidoro Velázquez, cuyos delitos carecían de toda reivindicación social, a pesar de lo cual se los quiso convertir en una especie de rebeldes primitivos, según la acepción de Eric J. Hobsbawn, de forma prerrevolucionaria de la violencia, y anunciantes ya de la guerrilla campesina⁴⁶.

Hoy no puede dejar de verse el llamado culto nacional del coraje como el antecedente folclórico del culto de la violencia y de la muerte que caracterizó a las trágicas décadas del 60 y el 70. Ni siquiera faltaba en aquellos precursores la connotación política y el terrorismo de Estado: los gauchos malos y después los compadres de las orillas estaban conectados con los caudillos políticos y contaban con la complicidad policial. El término *compadrazgo* significaba la vinculación de un hombre de pueblo con un cacique o personaje influyente del lugar que lo protegía a cambio de sus servicios. Juan Moreyra estaba al servicio de Adolfo Alsina, del que, por otra parte, era partidario el abuelo materno de Borges. Juan Cuello estaba junto a los provinciales en la guerra contra Buenos Aires. Después los hermanos Iberra —mencionados en la antología *El compadrito*— estarán al servicio del partido conservador de Lomas de Zamora, como «el gallego» Julio, del partido radical, o el pistolero Ruggierito, de Alberto Barceló, caudillo conservador de Avellaneda, aludido en *La muerte y la brújula*. Borges, que a veces bajaba del cielo platónico de los mitos a la realidad social y política, no desconocía las conexiones políticas del compadre, y así lo señalaba en *Evaristo Carriego*: «No era siempre un rebelde: el comité alquilaba su temibilidad y su esgrima, y le dispensaba su protección»⁴⁷. Sabía que dos de sus compadres preferidos, Nicolás Paredes y Juan Muraña, disolvían manifestaciones del partido radical⁴⁸. Tan consciente era de la connotación política del malevaje, que en su

⁴⁶ Eric J. Hobsbawn, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968 y Roberto Carri, Isidoro Velázquez, *Formas prerrevolucionarias de la violencia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1968.

⁴⁷ Evaristo Carriego en O.C., pág. 128.

⁴⁸ Roberto Alifano, *Conversaciones con Borges*, Debate, Madrid, 1986.

etapa nacionalista llegó a reivindicar entre los precursores del compadre a los «malevos de la Mazorca como únicos encarnadores de la criollez»⁴⁹.

Ese doble papel del compadre, puede vincularse en parte con el doble papel de Borges, escritor a la vez populista y elitista, criollista y cosmopolita que puede explicarse de algún modo en el contexto del paternalismo conservador que luego se ha llamado el populismo oligárquico⁵⁰. El arrabal no fue sólo un tema literario para él; no debe olvidarse que tuvo un papel importante en *Crítica* desde 1933 a 1936, y que éste era un diario sensacionalista leído principalmente por la clase media baja, la clase obrera y aun el lumpenaje. Ahora bien: *Crítica* era, en cierto modo, una expresión de estas contradicciones, conciliaba su tinte anarquista y rebelde, defensor de los marginados y aun de los delincuentes, contra la policía, a la vez que contaba con el apoyo del general Agustín P. Justo, líder conservador, Presidente de la República, y además accionista del diario. Expresión de esta rara mezcla era Ernesto Poncio, «el pibe Ernesto», uno de los malevos que conoció Borges, –autor de esos tangos primitivos «pendencieros» que a él tanto le gustaban. Compadre auténtico, se jactaba ante Borges de haber estado varias veces preso «pero siempre por homicidio», y a la vez celebraba en su tango *Avellaneda* al caudillo Barceló y en *Don Natalio* a Botana, el director de *Crítica* y socio de Justo. Cuando muchos años después Borges se afilió al partido conservador, decía una frase compadrita: «Soy hombre de Emilio Hardoy»; pero éste había sido allá por el 40, a su vez, hombre de Barceló: todos los hilos se anudan. Ese trasfondo político-social de la época hace menos sorprendente las tendencias populistas de Borges desde las perspectivas de su propia clase. En sus últimos años, no desdeñó lo que venía a sustituir a la prensa masiva, la televisión, y se volvió una figura frecuente en la pantalla, llegando a ser conocido por un público que nunca hubiera tenido acceso a sus libros, al punto de convertirse en un personaje popular a quien pocos leían pero todos saludaban por la calle, como «al negro Raúl», decía el propio Borges complacido.

Pero además su populismo también debe enmarcarse en el contexto de los años 20 y 30 cuando era tema dominante de los escritores argentinos y también de algunos extranjeros que nos visitaban: la búsqueda de la identidad que iba desde la caracterología hasta la ontología del «ser nacional». En sus poemas y en sus primeros ensayos *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926), *El idioma de los argentinos* (1928), *Evaristo Carriego* (1930), en el ensayo «Nuestras imposibilidades» de *Discusión* (1932), descartando luego las posteriores ediciones,

⁴⁹ El tamaño de mi esperanza, *ed. citada*, pág. 35.

⁵⁰ Uno de los primeros en acuñar esa sigla fue Norberto Folino, Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico, *Buenos Aires, Falbo, 1966*.